



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Demasiado tiempo
Juan Bautista Seco
Letras, (9), e217, artículos, 2020
ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Demasiado tiempo

Por **Juan Bautista Seco**

bautiseco.rw@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0001-6694-3050>

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

Ese 31 de diciembre de 2019, cuando nos íbamos acercando a las 00:00, en nuestras cabezas comenzábamos a pensar en el año que venía, nuestros objetivos, anhelos; como así también imaginarnos qué nos depararía. Creo que nadie podría haberse imaginado, esa calurosa noche de verano, a lo que nos enfrentaríamos este 2020. A mediados de marzo, se decretaba la cuarentena obligatoria para todas aquellas personas que no sean trabajadoras esenciales, lo que nos imposibilitó, a muchos, salir de nuestras casas. A partir de ese momento, nos alejamos, completamente, de lo que creíamos como normal, y ya nada fue igual. Entre muchos de esos cambios que fuimos atravesando, la cantidad de tiempo para estar solos fue, para mí, el más notorio. Creo estar seguro, entonces, cuando afirmo que una de las peores consecuencias del covid-19 fue que nos dio demasiado tiempo...

Palabras clave

covid-19, tiempo, soledad, relaciones

Si de algo podemos acusar al covid-19, es de habernos dado mucho tiempo para estar con nosotros mismos. Para algunos eso puede ser algo positivo, mientras que, para otros, negativo. Yo me encuentro en este segundo grupo, sin dudas. El covid-19, la cuarentena, el encierro, me dieron demasiado tiempo para estar conmigo mismo. Con el adjetivo demasiado siempre tuve mis problemas. Recuerdo, allá por el 2014, haberle discutido a una docente, durante una hora entera, que adjetivar un sustantivo con demasiado no era para decir que era malo, no lo llenaba de carga negativa. Marta, quien era mi docente de inglés en cuarto de la secundaria, me decía que «decir que hay mucha gente no es lo mismo que decir que hay demasiada gente. Demasiado es exceso, más de lo que ese lugar puede tener». Mis compañeros se sumaban a un bando o el otro. Todo terminó cuando sonó la campana. «Para el miércoles busquen la definición y lo seguimos charlando». Marta tenía razón...

Entonces, sí, la pandemia me dio demasiado tiempo para estar conmigo mismo, y eso nunca me va a parecer algo bueno. Muchas personas me han intentado convencer, a lo largo de estos casi seis meses, que hay que aprovechar pasar tiempo con uno mismo, que te podés conocer mejor, pensar en las cosas que te inquietan, entre otros argumentos que escuché atentamente. Discúlpame, nunca voy a estar más en desacuerdo con esa idea. Ojo, no digo que no me guste, cada tanto, despejarme de la gente y estar en completo silencio en mi habitación. ¿Pero seis meses? Por favor...

Siendo sincero, siempre odié estar solo. Desde que tengo uso de la razón disfruto de estar rodeado de gente las veinticuatro horas, los siete días de la semana y los trescientos sesenta y cinco días del año –si tengo que ser más específico, trescientos sesenta y seis este año–. ¿De verdad tenía que ser bisiesto justo el año que nos viene con una pandemia?

Soy una persona que le encanta socializar, estar con amigos, tomando mates o cenando con un vinito escuchando música. Siento que son pequeños placeres

que este virus nos sacó. Cosas que creíamos insignificantes quizás, como tomar mates en la facultad, u otras que veíamos como rutinas, como el viernes de wok y vino con los chicos. Juro que me intento adaptar a la virtualidad, al cumpleaños por video llamada por *WhatsApp* o la previa por *Zoom*. Qué cosa tan fea. Me siento hablándole a una pantalla, no veo a mis amigos ahí. Necesito tenerlos en frente, no a través de una pantalla. En este sentido, no tengo ni la menor duda que una de las cosas que más extraño es poder abrazar. Soy una persona muy cariñosa, me encanta el afecto. No puedo abrazar a un amigo a través de la computadora. ¿Cómo lo remplazo? ¿Con el emoji del ok? ¿Con el del aplauso? Cuánto cuesta acostumbrarse...

De este modo, es evidente que tampoco pude ocupar este tiempo de soledad con video-llamadas, queda claro que no las tolero. ¿Qué hice en mi tiempo libre? Los primeros meses, por suerte, estuve completamente ocupado con la Facultad. Haberme anotado a nueve materias, una sentencia a no tener vida en tiempos «normales», terminó siendo mi salvación. Cursaba 30 horas por semana, y cuando no lo estaba haciendo, me encontraba leyendo o haciendo trabajos para no atrasarme. Nunca había sido tan aplicado en un cuatrimestre como lo fui en este último. Hace un tiempo charlaba con una amiga y comentábamos que este había sido el primer cuatrimestre en mi vida que, no solo que no dejé ningún texto obligatorio sin leer –cosa que nunca había pasado; siempre te queda alguno suelto antes de un parcial, que te tiene rezándole al dios que creas para que no te lo tomen–, sino que hasta leí algunos complementarios. ¿Entienden? Textos optativos que dan los docentes, leídos. Una cosa de locos...

Para mi suerte, el primer cuatrimestre lo terminé con todas las materias adentro y unos pasos más cerca del anhelado título universitario. El problema comenzó, justamente, cuando terminé. Recuerdo que el 17 de julio, último viernes antes de finalizar, me encontraba sentado en la computadora, a punto de mandar,

por correo, el trabajo práctico final de la última materia que me quedaba cerrar. Una vez apreté el enviar, pensé «¿y ahora qué pienso hacer con el tiempo libre que voy a tener?». No titubeé: busqué la página de un par de librerías de La Plata, encargué cinco libros y, para mi fortuna, el lunes ya estaban en mi domicilio. Sin embargo, teniendo en cuenta que tenía cinco semanas de vacaciones, me obligué a alejarme de lo académico y a relajarme.

Pensaba ver algunas series que tenía atrasadas, pasar más tiempo con mi familia, dormir más de seis horas por días; en resumen, pensaba darme algunos pequeños placeres mundanos que la sobrecarga de la primera parte del año me había quitado. Qué locura esto también. Cuando estamos sobrecargados de responsabilidades nos encontramos reprochándonos cada momento de descanso que nos tomamos, cada mísera hora que no utilizamos para el estudio. Sentimos que pecamos –de irresponsables– por permitirnos ver un capítulo de cuarenta minutos en *Netflix* o por jugarnos un partido de *play*. ¿Cómo llegamos a eso? ¿Nos exigimos de más o buscamos la mejor versión de nosotros mismos? Siempre me exigí mucho a mí mismo. Desde chico que tengo un sentido de responsabilidad muy marcado. No veo justo responsabilizar a nadie más que a mí por eso. Escucho gente que culpa a su familia. Sinceramente, creo que somos lo que queremos ser, nada más...

Sin embargo, esta obsesión por la responsabilidad y por las notas tuvo un pequeño descanso durante la secundaria, después de que, en segundo año, comenzase a tener problemas físicos a raíz de esto. De tercero a sexto, me convertí en el típico chanta. Estudiaba lo justo y necesario para que no me vaya mal en los parciales. De todas maneras, siempre fui de prestar mucha atención en clase, por lo que la gran mayoría de los temas los tenía de oído. Así y todo, nunca estuve en peligro de llevarme una materia a diciembre. En seis años, lo más cerca que estuve de tener que rendir en pleno verano fue en cuarto de secundaria. ¿La materia? Prefiero no decirla. Solo les voy a dar una pista:

nunca me gustó correr y era el típico muchacho que pedía jugar al fútbol todo el día, sino me negaba a laburar...

Volviendo a mis vacaciones de invierno, como me prometí, aproveché las primeras semanas para relajarme: dormía sin alarma, me vi un par de series de las cuales habían salido nuevas temporadas, ordené mi habitación, y me puse al día con otras actividades que me habían quedado pendientes durante el cuatrimestre. El problema apareció cuando me aburrí de esto. Para colmo, este momento se juntó con el final de una serie que estaba mirando, la cual me estaba golpeando, como dice el dicho, donde duele. Son esas situaciones que te hacen reflexionar, la gran mayoría de las veces, para mal. Que te hacen preguntarte ¿qué hubiese pasado si...? ¿Tomé las decisiones adecuadas? Noches enteras a la luz de la luna –o, en realidad, el alumbrado público que apunta directamente a mi habitación– pensando, esperando, llorando...

Creo que muchas de estas situaciones, estos pequeños desajustes psicológicos que hemos tenido, creo que hablo por la gran mayoría, en cuarentena, responden a la imposibilidad de sociabilizar, la imposibilidad de vivir normalmente, la imposibilidad de vivir, punto. Sin embargo, no tengo dudas que prefiero estos desajustes que enfermarme o, peor aún, enfermar o ver enferma a una persona que quiero. Esto atravesó mi cabeza los –por ahora– seis meses de encierro. Muchos dicen que a los jóvenes esto no nos afecta, bien. Ahora, ¿me perdonaría que por mi culpa se enferme alguien? En lo absoluto. Vuelvo, prefiero acostumbrarme a vivir así, por lo menos hasta que todo se normalice. A pesar de todo esto, en ese momento necesitaba ver a alguien, por lo menos tomando todos los recaudos posibles y manteniendo las distancias recomendadas por los infectólogos. En este sentido, decidí decirle a mi mejor amiga, quien vive a tres cuadras de mi casa, de ir al mismo supermercado, a la misma hora, para cruzarnos y charlar de góndola a góndola. Sería mi primer encuentro cara a cara con alguien, fuera de mi familia, desde el 14 de marzo...

El encuentro fue digno de una escena de una de las mejores series que vi en mi vida, la cual recomiendo cada vez que puedo: «The Handmaid's Tale». Con el barbijo puesto, tomando las distancias recomendábamos, Micaela y yo hablamos de góndola a góndola. Cada tanto movíamos un producto para vernos el rostro —o medio, realmente— a través de la mugre en los estantes del supermercado del barrio. Una vez habíamos comprado todo lo necesario para nuestros hogares, nos retiramos del lugar y comenzamos a caminar por Avenida 60, camino a una farmacia. Con el paso relajado, como nunca antes habíamos tenido, apoyando los pies en las baldosas flojas que, luego de una noche de mucha lluvia y cuando no teníamos fortuna, nos largaban chorros de agua que iban directos a nuestros pantalones, estuvimos paseando durante una hora, haciendo los mandados para nuestras familias. Definitivamente, creo que fue uno de los momentos más felices de mi año...

Sin dudas, este encuentro clandestino me fue fundamental para poder seguir atravesando la cuarentena. El famoso manotazo de ahogado para mí fue ver a una de las personas que más quiero. Sin embargo, las series y los finales tristes continuaba y, en sintonía, mis reflexiones también. Una película me destrozó. Si las series melancólicas habían sido un golpe donde más duele, esto se podría decir que fue una puñalada. Pero como nunca me apuñalaron —por suerte—, creo que no termino de metaforizar, correctamente, el dolor que sufrí. Podría decir entonces, que fue tan doloroso como una llaga en la planta del pie, en pleno verano, la cual te pone entre la espada y la pared y te hace decidir entre sufrir los treinta y tantos grados de calor —y, si estás condenando a pasarlo en la ciudad de La Plata, cuarenta y tantos de sensación térmica— bajo una sombrilla o sumergirte en la pileta, pero a sabiendas que luego vas a sufrir cada paso que des, debido a que la llaga va a estar un poco menos cerca de cicatrizar completamente. También podría equipararlo a ese pequeño corte con cuchilla que te haces cuando estas cocinando. Si te cortas cuando ya no te queda

mucho por hacer, vaya y pase; ahora bien, si lo haces al comienzo, prepárate para que te arda en cada verdura que trozas...

Entonces, en pocas palabras, esa película me destrozó. Recuerdo haber llorado un fin de semana entero. Esta sí que me trajo las peores inseguridades de mi adolescencia y vida adulta. El amor, salir del closet, el miedo al futuro, las decisiones tomadas, entre muchas otras situaciones. Sin embargo, esta vez tomé una decisión. No me quedaría tirado en la cama, arruinado, esperando la sesión de terapia o la charla con amigos para largar todo lo que sentía ese día. No, ya no. Me dije a mí mismo ¿por qué, si tanto te gusta escribir, no ponés tus sentimientos en palabras? No importa cuán bien o mal esté escrito, nadie las va a ver. Te sirve para largar todo. Te sirve para descargar de todo el peso que tenés. Te sirve para poner en palabras lo que te sale en el momento, lo que después tanto te cuesta explicar oralmente. Te sirve y punto. Y así empecé...

Comencé y no me detuve. La verdad es que encontré esta idea como terapéutica. ¿Por qué llorar o angustiarse durante horas o días, cuando podés poner en palabras todo lo que sentís? ¿Por qué retenerlo, cuando podés largarlo? Y así estuve durante una semana entera. Viendo series o películas que me llevaban a reflexionar, y escribiendo. Cada tanto buscaba inspirarme con algunas fotos o mensajes de gente que me haya llevado a sentirme así, que me haya hecho pensar que no valía, que no era suficiente, que me haya hecho mal, o, en su defecto, que me haga recordar cosas bellas, de las cuales pueda escribir para salir del tono lúgubre que iban tomando esas líneas y párrafos. Lamentablemente, para aquellos que busquen reírse o, al menos, sonreír si tuviesen que leerme, no van a encontrar algo de ese estilo: desde la idealización constante en la cual nos sumergimos, día a día, las personas –ya sea de situaciones como de personas–; pasando por cuánto y qué extraño de la vida pre-covid-19 –estaría bueno dejar el antes de cristo y el después de cristo para pasar a hablar de antes del covid-19 y después del covid-19–; también recuerdo,

en esas hojas, los planes que tenía para el año, desde festivales donde pensaba decirle lo que sentía a alguien que quería, hasta recibirme, celebrando con una gran fiesta donde, además, pueda festejar mis 21 años; qué significa despedirse de alguien, darle fin a ciertas situaciones o personas que creíamos que iban a estar ahí para siempre; y hasta qué nos produce estar enojados. Definitivamente, si quieren leer algo que les levante el ánimo, no les recomiendo esto...

Creo que quedó bastante claro que no me resultó, como quizás sí a muchos, tener tanto –demasiado– tiempo en esta cuarentena. Mucho tiempo para pensar nunca es bueno. Obviamente, después de estas semanas fúnebres que tuve, levanté cabeza y me puse en raya, nuevamente. Me quedaban la mitad de las vacaciones, así que me dispuse a leer los libros que me había comprado antes de terminar el cuatrimestre. De este modo, volví a las alarmas y las lecturas, es decir, volví a ocupar mi tiempo, demasiado tiempo...

Igual paren. Tampoco voy a decir que la cuarentena solo me trajo problemas. No puedo, únicamente, señalar que me dejó demasiado tiempo para estar conmigo mismo, y fue mala. Debo reconocer que este encierro me permitió recomponer, desde cero, relaciones familiares; principalmente con mi padre y con mi madre. Por distintas situaciones, me había alejado de ambos. Creo que es todo un proceso permitirse convivir con tus padres cuando vas creciendo. Digo permitirse porque vos tenés que aprender a ceder en muchos aspectos.

Hoy en día, después de muchas conversaciones, tengo claro que ambas partes aprenden a ceder, dan el brazo a torcer, y se dan cuenta que no todo va a ser como uno quiere. No tuve un buen verano en ese sentido, todavía no entendía todo esto que ahora digo con tanta seguridad. Me distancié de ellos, me puse por delante muchas veces y, otras tantas, sentí que me ponían por detrás cuando no lo merecía. Sin embargo, aprendí que es mucho más fácil resolver dialogando ciertas situaciones, antes que alejarse, simplemente, porque no

logras congeniar con alguien. Entonces, sí, tener demasiado tiempo me sirvió para eso; para, primero, preguntarme qué quería yo y, luego, buscar reactivar, revivir esas relaciones. Encontrar nuestros puntos en común y, al mismo tiempo, poder dejar de lado las diferencias o charlarlas, sin que eso signifique no vernos por semanas. Empezar a comportarnos como adultos...

De esta manera, creo que luego de leer mi resumen de cuarentena entenderán que, para bien o para mal, he cambiado en muchos aspectos. Tener demasiado tiempo me sirvió en algunas situaciones y momentos, mientras que en otros no hizo más que arruinarme el día, o la semana. Aprendí a convivir, sin embargo, con esto. Creo que debemos acostumbrarnos, se ve que queda bastante por atravesar aún. Comienzo este nuevo cuatrimestre cursando menos materias, por lo que voy a tener mucha menos carga horaria. En este sentido, me tendré que acostumbrar a tener, probablemente, más tiempo libre. Afortunadamente, ya sé que, si me siento mal, puedo poner en palabras lo que me pasa, actividad que me sirve para relajarme y tranquilizarme. Sé que, si eso no me funciona, puedo acudir a mi familia, quienes se volvieron un sostén clave estos meses. Si eso no genera efectos, sé que Micaela va a estar siempre disponible –acaso que esté rindiendo, pero eso es otro tema más complejo– y cerca. También sé que, a pesar de que la cuarentena nos haya alejado o distanciado físicamente, tengo muchas otras personas a las que puedo acudir, en las que puedo confiar y a las que quiero...

Son casi las once de la noche del viernes. En un día normal, estaría, probablemente, terminado de comer con amigos y preparándome para salir. Sin embargo, acá me encuentro, tomando una copa de vino, escuchando, muy de fondo y con un volumen bajísimo, una de mis artistas favoritas y escribiendo, borrando y reescribiendo estas líneas, que carácter a carácter se volvieron más y más personales, más y más terapéuticas.